

Campeo Neutral

El campeón neutral de la Copa de Europa de Fútbol, el equipo de la selección de la República Federal de Alemania, se enfrentará el próximo domingo a la selección de la República Federal de Francia en el estadio de Wembley, en Londres.

Barcelonés Cursa

El domingo 12 de octubre, a las 10 de la mañana, se celebrará la cursa de la "Barcelonés", una de las carreras más importantes de la temporada.

Al público

El domingo 12 de octubre, a las 10 de la mañana, se celebrará la cursa de la "Barcelonés", una de las carreras más importantes de la temporada.

Campeo Neutral

El campeón neutral de la Copa de Europa de Fútbol, el equipo de la selección de la República Federal de Alemania, se enfrentará el próximo domingo a la selección de la República Federal de Francia en el estadio de Wembley, en Londres.

Barcelonés Cursa

El domingo 12 de octubre, a las 10 de la mañana, se celebrará la cursa de la "Barcelonés", una de las carreras más importantes de la temporada.

Al público

El domingo 12 de octubre, a las 10 de la mañana, se celebrará la cursa de la "Barcelonés", una de las carreras más importantes de la temporada.

[illegible][illegible][illegible][illegible][illegible][illegible]

SECCION COMERCIAL

Alquiler de locales. Se alquila un local en la calle de la Republica No. 10, para uso de oficina o tienda. Interesados, dirigirse a la propiedad. **Alquiler de locales.** Se alquila un local en la calle de la Republica No. 10, para uso de oficina o tienda. Interesados, dirigirse a la propiedad.

Alquiler de locales. Se alquila un local en la calle de la Republica No. 10, para uso de oficina o tienda. Interesados, dirigirse a la propiedad.

Alquiler de locales. Se alquila un local en la calle de la Republica No. 10, para uso de oficina o tienda. Interesados, dirigirse a la propiedad.

Sección Judicial

Alquiler de locales. Se alquila un local en la calle de la Republica No. 10, para uso de oficina o tienda. Interesados, dirigirse a la propiedad.

Alquiler de locales. Se alquila un local en la calle de la Republica No. 10, para uso de oficina o tienda. Interesados, dirigirse a la propiedad.

Alquiler de locales. Se alquila un local en la calle de la Republica No. 10, para uso de oficina o tienda. Interesados, dirigirse a la propiedad.

Alquiler de locales. Se alquila un local en la calle de la Republica No. 10, para uso de oficina o tienda. Interesados, dirigirse a la propiedad.

Sección Judicial

Alquiler de locales. Se alquila un local en la calle de la Republica No. 10, para uso de oficina o tienda. Interesados, dirigirse a la propiedad.

Alquiler de locales. Se alquila un local en la calle de la Republica No. 10, para uso de oficina o tienda. Interesados, dirigirse a la propiedad.

Alquiler de locales. Se alquila un local en la calle de la Republica No. 10, para uso de oficina o tienda. Interesados, dirigirse a la propiedad.

Alquiler de locales. Se alquila un local en la calle de la Republica No. 10, para uso de oficina o tienda. Interesados, dirigirse a la propiedad.

1. **Comunicación de la prensa.** El presente anuncio se publica en el periódico "El Comercio" de Lima, el día 15 de mayo de 1971, a las 10 horas.
 2. **Objeto del presente anuncio.** El presente anuncio tiene por objeto la venta de los terrenos que se detallan a continuación.
 3. **Terrenos a vender.** Se trata de los terrenos que se detallan a continuación.
 4. **Ubicación de los terrenos.** Los terrenos se encuentran en la zona de la urbanización "El Comercio", en la ciudad de Lima.
 5. **Superficie de los terrenos.** La superficie total de los terrenos es de 10,000 metros cuadrados.
 6. **Valor de los terrenos.** El valor total de los terrenos es de \$ 10,000,000.
 7. **Forma de pago.** El pago se realizará en efectivo.
 8. **Plazo de venta.** La venta se realizará en el plazo de 30 días.
 9. **Condiciones de venta.** La venta se realizará en las condiciones que se detallan a continuación.
 10. **Información adicional.** Se informa que los terrenos están libres de gravámenes y que se encuentran en buen estado.

This image shows a blank white page. A dark, textured horizontal band runs across the top edge, likely representing the binding or gutter of a book. The rest of the page is completely white and devoid of any markings, text, or illustrations.

Muster lites corrió una y la, y otros la formulación
paralelo de nuevo que rezaba la así del registro y

firms el gobernador.

[illegible][illegible]

This image shows a blank, aged, cream-colored page, likely an endpaper or flyleaf of a book. The paper has a slightly textured appearance with some minor discoloration and small dark spots or stains, particularly near the top edge where a horizontal crease is visible. The overall tone is a warm, off-white or light beige.

This image shows a blank, aged, cream-colored page, likely an endpaper or flyleaf from an old book. The paper has a slightly textured appearance with some minor discoloration and faint, irregular brown spots, characteristic of old paper. A horizontal crease or fold is visible across the middle of the page. The edges of the page are slightly darker, and there are some small, dark specks scattered across the surface.

A estas últimas palabras el secretario hizo un gesto de sorpresa y dijo a Marmouset:—
—¿Vuestro amigo no se os debe una reparación, y yo os juro que será proporcionada a la ofensa...
—Media hora después, Marmouset salió de Newgate, dejando a sir Roberto Mitchell presa de las más vivas angustias.
El plebeo gobernador se hacía tristesimas reflexiones.
Marmouset podía usar de su derecho, pidiendo una indemnización elevada, y el jurí no dejaba de mostrarse severo con un gobernador que se había conducido con tal ligereza.
Y sir Roberto Mitchell no era rico...
Y era padre de familia.
Hacía falta, en suma, se había acostado tranquilamente, y no había tardado en dormirse.

XXVII

Transportámonos ahora a la City, y a una humilde casa que ya conocemos en Sermón Lane.
Esta casa es la misma donde hemos visto en otro tiempo al Hombre gris sorprendido a miss Ellen, en el momento en que la joven se acababa de cubrir con el hábito y echaban negros de las Hermanas de la Cruz.
Londres, —ya lo hemos dicho,—posee, entre otras muchas, una institución admirable.
Muchas señoras de la alta aristocracia, ligadas por un voto, han formado una asociación de caridad, basada sobre los principios más puros de la virtud cristiana. Cada vez que hay un criminal condenado a muerte, una de estas Hermanas de la Cruz, de acuerdo por la suerte, va a llevar al reo los consuelos de la religión, y pasa, orando a su lado toda la noche que precede al suplicio.
El lector recordará tal vez la noche en que miss Ellen, conmovida para este asunto ministerial, al recibir el plegue misterioso señalado con una cruz negra que la llamaba a Newgate, había dejado el trabajo, y, volviendo a casa, había corrido a la casa de Sermón Lane.
Sermón Lane es una callejuela infecta y sombría, que desciende de las alturas de la City hasta las orillas del Támesis.
En esta callejuela, y en el tercer piso de una casa más que modesta, posaba entonces miss Ellen una reducida habitación, donde encerrada su hermano de Sermón Lane, y en el fondo de la casa, y a la izquierda, nombres arios con que se designa a las señoras de esta bendición el pueblo de Londres.
Miss Ellen había partido precipitadamente de la tierra, y en su preocupación de aquellos instantes,

no tuvo tiempo para avisar al presidente de la Hermandad, el cual vivía, como también recordamos, en la calle de Pater-Noster.
De consiguiente, la joven había conservado su cuarto de Sermón Lane.
Ahora bien, a día siguiente de su vuelta a Londres, miss Ellen, que había tomado habitación con Vanda en una modesta posada cerca del Correo, dijo a su compañera luego que hubieron descansado:—
—No podemos permanecer aquí, señora; yo al menos.
—¿Por qué?
—Porque me recelo de la policía y sobre todo del reverendo Patterson, y prefiero servirme de mis armas.
—¿De qué armas queréis hablar? dijo Vanda admirada.
—Miss Ellen la respondió sonriendo:—
—Nos conocéis, señora, la legaterra y la vida inglesa, pero no tanto naturalmente como yo.
—Es justo; pero, ¿qué propuso me decís eso?
—La legaterra es el país de las inviolabilidades por excelencia; hay cosas adonde la policía no puede penetrar, y trajes con los cuales se puede circular sin temor de ser molestado.
—¿Se todo eso, dijo Vanda.
—Por ejemplo, un colegio de *Christ Hospital* es inviolable, añadió miss Ellen.
—¿En efecto.
—Y el policeman que se atreviera a prender a una Dama de las prietas, no saldría vivo de la calle donde hubiese cometido ese atentado. El populacho lo lapidaría y lo acoraría apalos.
—¿Y bien, dijo miss Ellen, yo soy Dama de las prietas.
—¿Vos?
—Yo, sí, señora, y de consiguiente voy a ponerme mi hábito.
—¿Dónde?
—A dos pasos de aquí, a Sermón Lane. Queréis acompañarme?
—Vanda continuó y siguió a miss Ellen, la cual la condujo al cuarto que ya conocemos.
—Aquí, dijo, desahogado el odio del reverendo Patterson y la persecución de todos sus esclavos.
—¿Y la celda de vuestro padre?
—¡Oh! dijo miss Ellen sonriendo con alivio, respecto a mi padre no está dicho todo.
—¿Ahí?
—Mi padre me iba a matar... y me ama aun más que así mismo; estoy segura.
—¿Oh! debe sufrir bastante.
—Estoy persuadida de ello; pero yo lo consolaré y lo convertiré a mis ideas.

—¿Queréis ir a ver a vuestro padre?
—Sin duda: iré a casa, y no a escondidas, sino en medio del día.
—¿Y si os retiene?
—Ya os lo he dicho: este hábito me escuda contra todo el mundo.
La joven guardó por algunos momentos silencio y después añadió:—
—Aun al Hombre gris, como yo creía que pudiera amarse jamás... y sin embargo, conocía tan poco mi corazón, que lo he perdido entregándolo a sus enemigos. Desde entonces mi deber está traido, yo lo salvé.
Había tal energía y tan profunda convicción en el acento de la joven, que Vanda la miró con admiración.
—He aceptado desde luego vuestro plan y el de vuestros amigos, añadió miss Ellen, y no desviare de él mi línea de conducta; pero si ese plan aborta... ya veréis de lo que soy capaz.
Vanda volvió a su posada, y miss Ellen se quedó definitivamente en el cuarto de Sermón Lane.
Una joven irlandesa que tomó por criada, la trajo su comida de una hostería vecina, y la servía de compañía en la reclusión que se había impuesto.
Dos días se pasaron así.
Miss Ellen había venido a anunciar a Vanda que Marmouset estaba en Newgate.
Y Vanda había llevado ella misma esa noticia a miss Ellen.
En fin, al día siguiente, Marmouset en persona se presentó en la posada de Vanda.
Esta, al verlo, no pudo contener un grito. Pinóse en su rostro la ansiedad mas viva, pero no tardó en tranquilizarse la señorita que amaba el rostro de Marmouset y que debía ver claramente que la campaña había sido feliz.
—¿Has visto al capitán preguntó Vanda.
—¡Por dónde?... ya lo creo!
—¿Has podido hablarle?
—He pasado con él dos noches y un día.
—¿Y tras sus instrucciones?
—Sus instrucciones completas. ¿Dónde está miss Ellen?
Vanda pasó a Marmouset al corriente de todo.
—Pues bien, dijo este, vamos a Sermón Lane.
Y ambos, en efecto, fueron a reunirse con miss Ellen.
La bella y aristocrática joven tuvo un momento de violenta emoción.
Hizo innumerables preguntas, insistió por saber minuciosamente todo lo que había pasado y quiso saber de la boca de Marmouset mil detalles sobre aquel hombre que adoraba, después de haberlo odiado con tan inaudita violencia.

(Le había hablado de ella... ¡había manifestado alguna emoción al pronunciar su nombre!)
—¿La pesada atmósfera de Newgate, sus muros oscuros, su duro silencio, no habían quebrantado su indomita energía?
—A lo que Marmouset respondió satisfaciéndola en todo, y añadiendo invariablemente:—
—Lo salvé, miss Ellen; desconfiad, lo salvé.
Después de esto, Marmouset confió a sus dos amigos que tenía el encargo de ver al abate Samuel. Pero ¿cómo encontrarlo?
Desde el día de la prisión del Hombre gris, el joven sacerdote, a quien habían tratado de comprometer seriamente, había desaparecido.
¿Dónde se ocultaba?
—Yo sé donde podréis encontrarlo, dijo miss Ellen.
—¿Ahí?
—¡Inmediatamente al Southwark!
—¿Dónde?
—En la iglesia católica de San Jorge, dirigidos al sacristán y decidle:—
—La esperanza de la Irlanda me envía aquí.
—Podéis hablarle en francés, pues de ese modo acortáis de ganar su confianza.
—¿Y él me dirá dónde está el abate Samuel?
—Es probable, sobre todo si le habláis del Hombre gris.
—Vos en este mismo momento, dijo Marmouset, pues no hay que perder un día ni una hora: tanto más, cuanto que el Hombre gris pide una reunión de los principales jefes feales.
—Corred! dijo miss Ellen, que había recordado toda su calma: ¡yo también os digo con entera confianza: ¡lo salvaremos!
—¿Cuanto le ama! murmuró Vanda suspirando al recordar su perdida juventud.

La noche que cubría a Londres era tal aquel día, que hubiera podido creerse que la capital del imperio se había propuesto ocultar todo su lujo interior.
Desde las doce de la mañana, todos los almacenes brillaban de luz eléctrica, que reía como soberana en medio de aquel caos.
Los reverberos de las calles estaban también encendidos y la noche era tan espesa, que los coches habían cesado de circular.
—¿Qué diabólico país! murmuraba Milton, trotando sin embargo, con paso rápido al lado de Marmouset, que lo conducía en medio de la breña.
—Cuando pienso, añadió, que en París hay a estas horas un sol magnífico y que empiezan a retolar los arboles de las Tuilerías...
—¡Vamos! ¡basta! repuso Marmouset, paciencia y adelante. Ya te quejarás de la noche otro día: hoy no tenemos tiempo de pensar en la temperatura.
Así llegaron al puente de Westminster.
La neblaque oscurcía el cielo, hacia el Támesis invisible.
Múltiples dicho que iban en una nube.
Lleva los estribos del puente se perdían en la oscuridad.
Cuando llegaron al otro lado, Marmouset se detuvo y pareció dudar un momento.
—¡Buenos! llegaron al Southwark, dijo, pero, ¿cuál es el camino mas corto para la iglesia de San Jorge?
—Bridge road, respondió Milton, que conocía Londres como París.
—Se hallan en mi casa, dijo Milton.
—¿Dónde?
—En París.
El anciano, apesar de esto, no parecía convencido.
—Os creo, dijo en fin, pero no sé donde está el abate Samuel.
—¡Ah! muy bien. ¿Conocéis al Hombre gris?
Al oír esto nombre, el sacristán se estremeció visiblemente.
—¿Conocéis también al Hombre gris? exclamó.
—Sí, repuso Milton. ¿Y a Shoking, lo conocéis igualmente?
Este nombre despierto por completo la fisonomía del sacristán.
—¿Probablemente que conocéis a Shoking, dijo.
—Es verdad.
—¿Y también es verdad, pero la policía inglesa sabe tantas cosas!
—¿Desconfiáis aun?
—El sacristán se sonrió con tristeza.
—La Irlanda está perseguida, dijo; esa es la excusa de nuestro temor.
—Pues bien, dijo Marmouset, puesto que lo queréis decirnos donde se halla el abate Samuel, ¿queréis al menos encargarnos de una misa para él?
—Si lo ved, al, señor.
—Señor, que lo vedis.
—Decid pues.
—Cuando veáis al abate Samuel, entregadle esto.
Y Marmouset sacó del bolsillo un papel pequeño plegado en cuatro dobleces.
Este papel era un billete que el Hombre gris había escrito para el abate, y entregado a Marmouset.
El joven lo dio al anciano y añadió:
—De parte del hombre gris.
—¡Ah! dijo el sacristán tomando el billete.
Pero su desconfianza no se había disipado por esto.
Volvió malicia, dijo. Tal vez hasta entonces habré visto al abate Samuel.
—Está bien, dijo Marmouset. —Ven, Milton.

cio en Marmouset. Cuando vinieron a prender hace algún tiempo al abate Samuel, también dijeron...
—Nosotros acabamos de llegar de Francia, donde hemos visto a Ralph y a su madre Jenny.
Al oír estos nombres, el anciano retrocedió con sorpresa.
—¿Queréis que os dé sus señas añadió Marmouset.
Jenny es alta, morena tiene los ojos azules, y es mucho mas bella que todas las ladies del West-End.
—¿Y qué más dijo el sacristán.
—Ralph tiene diez años, y presenta ya el porte noble y ahito de su padre sir Edmund Palmer.
—¿Ahí los habéis visto... exclamó el sacristán.
—Se hallan en mi casa, dijo Milton.
—¿Dónde?
—En París.
El anciano, apesar de esto, no parecía convencido.
—Os creo, dijo en fin, pero no sé donde está el abate Samuel.
—¡Ah! muy bien. ¿Conocéis al Hombre gris?
Al oír esto nombre, el sacristán se estremeció visiblemente.
—¿Conocéis también al Hombre gris? exclamó.
—Sí, repuso Milton. ¿Y a Shoking, lo conocéis igualmente?
Este nombre despierto por completo la fisonomía del sacristán.
—¿Probablemente que conocéis a Shoking, dijo.
—Es verdad.
—¿Y también es verdad, pero la policía inglesa sabe tantas cosas!
—¿Desconfiáis aun?
—El sacristán se sonrió con tristeza.
—La Irlanda está perseguida, dijo; esa es la excusa de nuestro temor.
—Pues bien, dijo Marmouset, puesto que lo queréis decirnos donde se halla el abate Samuel, ¿queréis al menos encargarnos de una misa para él?
—Si lo ved, al, señor.
—Señor, que lo vedis.
—Decid pues.
—Cuando veáis al abate Samuel, entregadle esto.
Y Marmouset sacó del bolsillo un papel pequeño plegado en cuatro dobleces.
Este papel era un billete que el Hombre gris había escrito para el abate, y entregado a Marmouset.
El joven lo dio al anciano y añadió:
—De parte del hombre gris.
—¡Ah! dijo el sacristán tomando el billete.
Pero su desconfianza no se había disipado por esto.
Volvió malicia, dijo. Tal vez hasta entonces habré visto al abate Samuel.
—Está bien, dijo Marmouset. —Ven, Milton.

—¿Cómo? exclamó el sacristán.
—Sin duda, dijo Marmouset.
—Pero, ¿y si el abate Samuel...
—No importa, ven.
Y Marmouset, estrechó a Vanda con gran contentamiento del sacristán, y se apresuró a cerrar la puerta.
—No sé francamente por qué me habéis llamado, dijo Milton cuando ya iban al bolitran; indignado... ¿y qué cogido el sacristán por el cuello del cuello?
—Eso es, y hablémoslo...
—¡Ah! no sé me figura...
—Eres un imbécil, Milton.
—¡Vaya en gracia! ¡y por qué!
—¡Basta! ven a vernos a casa.
—Y se sentó en el centro del salón.
—Ahora, letrada los ojos es...
—¡Buena, y qué!
—¿Ves el campanario?
—No, está cubierto por la niebla.
—¡Calla! ¡una luz que se ve en el campanario!
—¿Esa es?
—Parece una estrella que...
—Infernal.
—Es la luz de un faro que ilumina sucesivamente por las ventanillas.
—¿Y qué deducís de esto?
—El abate Samuel está allí.
—¿Creeis...?
—Y el sacristán le lleva el billete.
—¡Ah!...
—Espera un momento.
—¿Para qué?
—¡Vas a ver...
La claridad que penetraba la noche del campanario, se quedó fija en el rostro de Milton.
Así permaneció algunos minutos la vió descender de nuevo, pero no había subido, sino como una estrella prendiendo del cielo.
—El buen viejo es mas listo que Marmouset.
—¿Por qué decís eso?
—¡Ah! y para qué?
—¡Toma! para ir a ver a Marmouset.
En efecto, un instante después de la sacristía, y el buen viejo se comprometió.